

Francisco de Miranda: Un apasionado de los poemas homéricos

Jesús Darío Lara Rincón

Grupo de Investigación y Estudios sobre Historia Antigua y Medieval. Grupo de Investigación en Ciencias Fonéticas.
Universidad de Los Andes (Venezuela).

Resumen

Francisco de Miranda es un personaje conocido tanto sobre el suelo de Europa como en las tierras americanas. El solo intento de hablar sobre las pasiones de este gran hombre resultaría en una tarea de infinitos caminos, pues su espíritu inquieto y heroico, en la búsqueda de conocimientos que alimentaran su desarrollo humano, lo llevó a explorar la geografía de numerosas naciones, entre ellas las del mediterráneo, sin dejar de lado las obras literarias más representativas de tales territorios.

Con las siguientes páginas nos proponemos hablar sobre Francisco de Miranda no tanto como el héroe que libró batallas sino como el hombre que rompió las cadenas de lo terrenal, refugiándose en el infinito mar de la literatura y la filosofía, materias que, consideramos, le estimularon en el desarrollo de sus empresas.

Palabras claves: homero, iliada, odisea.

Miranda y la épica Homérica

Es evidente la influencia singular que ejerce la literatura griega en el pensamiento de los hombres, y ello es particularmente notable en el caso de quienes se nutrieron del mundo grecolatino a través de las fuentes directas, como los libros en lengua original y la visita a los sitios de los acontecimientos. Así ocurre con el héroe en cuestión, y el cumplimiento de tales características anima aún más a estudiar con cuidado el gusto mirandino por los versos más antiguos sobre las guerras y las aventuras de occidente, los versos de la épica homérica.

En efecto, es bien conocido el entusiasmo de Miranda por la lectura de obras cuyas temática se extiende, sin imposición de límites, a lo largo de múltiples facetas del conocimiento. La confirmación de esta pasión literaria está sustentada en primer lugar sobre los testimonios escritos del Precursor, con frecuencia acompañados de citas, opiniones o comentarios acerca de los autores leídos. También lo evidencia el testimonio biográfico de sus abundantes amigos escritores, quienes en muchas ocasiones le regalaron ejemplares de sus obras, luego comentadas y valoradas por él. Y lo señala igualmente la amplitud de su biblioteca, cuyos libros ofrecen en su mayoría numerosas anotaciones y subrayados.

Pero el cariño del Precursor hacia los libros parece cobrar una especial connotación en lo referente a su repertorio de autores clásicos grecolatinos. Él mismo reconoce el valor que tuvieron para su preparación personal, desde los tiempos juveniles. Tal valoración resulta evidente si se tiene en cuenta que todos los libros donados por él en su testamento a la entonces Universidad de Caracas, son ediciones de los clásicos antiguos, la mayoría de ellos en griego y en latín. Sus propias palabras en el testamento permiten observarlo:

A la Universidad de Caracas se enviarán en mi nombre los libros clásicos griegos de mi biblioteca, en señal

de agradecimiento y respeto por los sabios principios de literatura y de moral cristiana con que alimentaron mi juventud; con cuyos sólidos fundamentos he podido superar felizmente los graves peligros y dificultades de los presentes tiempos (Archivo, 7, 137)¹.

Como observa Miguel Castillo Didier, (1996) la sección greco-latina de la biblioteca de Miranda reunía las mejores ediciones no solo de los autores más célebres: Homero, los trágicos, los comediógrafos, los historiadores, sino también de otros autores mucho menos famosos, incluso de la antigüedad tardía, como Luciano, Ateneo, Alcifrón, Dion Casio, Dion Crisóstomo, Dionisio de Halicarnaso, Longino, etc.; y de la época bizantina, como Zósimo, Hesiquio y Focio, entre otros.

De entre ellos, hay unos textos en los que quisiéramos detener brevemente la mirada: los poemas homéricos. Las subastas de la biblioteca mirandina registran en sus catálogos una buena cantidad de prestigiosas traducciones de la *Ilíada*, la *Odisea* y la *Batracomiomaquia*, en latín, francés, italiano, inglés. También pueden registrarse varios lexicones especializados en lenguaje homérico, diccionarios de griego, estudios topográficos, historiográficos y arqueológicos del mundo de Homero y en particular de Troya. Agréguese a ello las ediciones en lengua griega de los textos épicos, una de la *Ilíada* (1790), una de la *Odisea* (1799), una de ambos poemas (1801), una de la *Batracomiomaquia* (1744), una *Vita Homeri* (1736) y una síntesis homérica (1757). Tal cantidad y calidad de ediciones sobre la literatura y el mundo del ciclo troyano animan a reflexionar sobre la estima de que habrían gozado aquellos poemas en Miranda.

En variados pasajes de los escritos mirandinos, el precursor rememora imágenes e informaciones derivadas de la epopeya. Así ocurre en su diario de viajes y más frecuentemente en las páginas dedicadas a su paso por Grecia, durante 1786, donde recuerda nombres de lugares y mitos mencionados en la épica griega, como el río Aqueloo (15 de mayo), en Zante, que era considerado entre los antiguos como un dios relacionado con la fecundidad. También hay mención de lugares que conservan el mismo nombre desde los tiempos de Homero, como las islas cicladas, Delos, Mikonos, Naxos, etc.; las islas cercanas al continente asiático por la península anatólica: Quíos, Lesbos, así como el Quersoneso. Cuando estaba todavía en Asia Menor, en la zona de Esmirna (10 de julio), observó desde una cima las fértiles llanuras que se extienden tierra adentro, y el río Miles que provee de agua la región, tal como lo hacía en tiempos homéricos, cuando era llamado con el mismo nombre. Más adelante, en los momentos previos al paso por Dardanelos, expresa su contento por la adquisición, para el viaje, del buen vino de Tenedos. El vino de las regiones cercanas a la Tróade fue muy valorado por los aqueos cuando estaban apostados en las orillas del Helesponto, y, según Homero, un comerciante los proveía de la apreciada bebida. Pues bien, Miranda tuvo la oportunidad de probar tales productos de milenaria tradición. Nace con esta lectura del diario un nuevo aspecto destacable, ahora sobre las *Ilíadas* y las *Odiseas* de Miranda: estas eran sus acompañantes de viaje. Es patente que las llevaba consigo, las releía continuamente durante el viaje, subrayando lugares que él mismo observaba o esperaba observar, y dialogaba con sus compañeros de viaje y anfitriones acerca de la historia y la leyenda de los distintos parajes.

En el paso por el estrecho de Dardanelos, el 21 de julio, no puede evitar la búsqueda de las ruinas troyanas. Desde la nave examina con su antejo las tierras a lo lejos, buscando en las llanuras de la Tróade algún indicio de la antigua fortaleza de Príamo. Hace que el capitán haga una parada en las costas de Troya, y que le permita inspeccionar el lugar. Recorre el suelo troyano, acompañado por un guía; luego confiesa: no pudimos descubrir ninguna cosa que se asimilase a ruina antigua. El local sí que está exactamente según lo han descrito los poetas antiguos. Miranda (1992:158). Estas palabras no parecen transmitir alguna suerte de decepción o desilusión acerca de conseguir pistas de Troya. Al contrario, dejan entrever la emoción de quien ha tenido la oportunidad de entrar en contacto con la literatura, de desembarcar donde lo hicieron los argivos, de caminar por las llanuras de la *Ilíada* y pisar su hierba y sus piedras. Tal vez el interés de Miranda no estaba solamente en encontrar Troya, aunque ello es evidente, sino en tener la oportunidad de buscarla él mismo en su sitio, en la Tróade, aun sin encontrarla. Se trata de un entusiasmo aventurero, inquisitivo, tal vez adolescente.

Ya en el terreno filológico, resultan de particular interés los ejemplares de Homero conservados en nuestro país dentro de la biblioteca mirandina. En sus páginas pueden observarse anotaciones realizadas a puño y letra del Precursor, quien fuera su antiguo dueño. Comentarios, subrayados y señales personales son algunos de los elementos más interesantes para el estudio de las lecturas mirandinas sobre el texto de sus libros. Juan David García Bacca observa que tales anotaciones estaban dirigidas con mayor frecuencia a los puntos en los que se expresaba alguna idea política, moral o ética, por ejemplo la libertad, la tiranía, la virtud heroica; o también sobre lugares que resultaban llamativos por razones mucho más personales, como sucede con el comienzo de la *Odisea*:

“Cántame, Musa, al hombre ingenioso, que erró muy mucho, tras destruir la sagrada ciudadela de Troya, que vio los pueblos de muchos hombres y conoció sus costumbres, y padeció en su corazón muchos dolores en el mar, esforzándose por salvar su alma y por el regreso de sus compañeros.”

García Bacca explica el interés de los subrayados mirandinos en los primeros versos de la *Odisea* observando ciertas similitudes esenciales entre el héroe homérico y la propia persona de Miranda. Efectivamente, los puntos resaltados

con mayor énfasis por Miranda son el primer verso casi completo:

“Cántame, Musa, al hombre ingenioso”, y el tercer verso: “vio las ciudades de muchos hombres y conoció su pensamiento”. En el primer verso hay una palabra de gran expresividad: que significa ingenioso, astuto, o, con más exactitud, muy capaz de girar las situaciones a su favor. Y es que así mismo era la condición de Miranda, una persona capaz de hacer voltear las circunstancias para que se dieran a su favor, del modo en que Homero lo había descrito hace milenios en *Odisea*, cambiando nombres, nacionalidades, oficios, en fin, identidades, para protegerse de posibles peligros y amenazas. En el tercer verso la idea de todas las palabras en conjunto parece llamar la atención. Porque precisamente ver las ciudades de muchas naciones y conocer su cultura es la actividad de Miranda a través de su largo viaje por Europa, luego Asia Menor, pasando por el Mediterráneo, para regresar a la zona oriental de Europa y llegar a Rusia. Con semejante recorrido, de varios años, el venezolano va conociendo minuciosamente las condiciones geográficas, las estructuras políticas, las situaciones sociales, las posibilidades militares, el comercio, la sensibilidad literaria y artística de los habitantes en cada región, y así lo deja plasmado en su diario de viajes. Ello le permite hacerse una idea clara de las características de estos numerosos pueblos y va sembrando en él un germen para sus propias ideas libertarias. Hay, pues, un interés común en ver pueblos y conocer costumbres, tanto en Miranda como en el héroe épico, y esta coincidencia está materializada en unas rayas puestas bajo los primeros versos de la *Odisea*.

Al respecto, Miguel Castillo Didier, (1996:41) señala que la comparación de Miranda con el *Odiseo* homérico se remonta por lo menos hasta 1792, cuando el obispo de Amberes, elogiándolo en una epístola, le expresa que es merecedor de que las personas digan sobre él: “qui mores hominum multorum vidit et urbes”, palabras de la traducción latina de la *Odisea*, que significan precisamente “Quien conoció las costumbres y las ciudades de muchos hombres”.

Por otra parte, el tema de la guerra se demuestra asimismo llamativo para Miranda, cuando subraya el siguiente verso en uno de sus ejemplares griegos de la *Ilíada*:

“Ares, Ares, peste para los humanos, sucio de la matanza, derruidor de muros”

Es un pasaje donde se evoca al dios de la guerra, Ares, en un momento de terrible agitación bélica. Se siente en el ritmo y en el significado la emoción, la agitación extrema de la batalla, pero al mismo tiempo el repudio de la violencia y de la carnicería que Ares implica. ¿Qué pudo haber pasado por la mente de un hombre de guerra, que participó en batallas de las más importantes en Europa y en Norteamérica?

De otro lado, los aedos y la recitación tampoco escapan del interés mirandino, y unos versos de la *Odisea* lo confirman:

Odisea 13.27-28⁸⁸

“después de ellos cantó el divino aedo Demódoco, para honrar a los pueblos”

Como se sabe, la música y la poesía son para Miranda aspectos de fundamental importancia. De su archivo se desprende que era un buen intérprete de la flauta y un excelente bailarín. De hecho, era aficionado a las reuniones sociales, donde participaba de los bailes. Además, tenía un gusto musical muy refinado y se mantenía al tanto de la producción musical de su época.

En el plano social, no era Miranda persona tolerante de las injusticias y de la desigualdad. Pues le resultaban odiosas las explotaciones y los abusos a que muchos gobiernos eran proclives, como en este caso el gobierno de la flota aquea, dentro de la leyenda homérica:

Ilíada 1.231

“Rey devorador de pueblos, que sobre nulidades gobiernas.”

Es un verso que recuerda su renuncia y desacato al imperio español, cuando se vuelve desertor del ejército y se embarca secretamente a Estados Unidos, en 1783. La viva emoción de rabia presente en las palabras de Aquiles pareciera tomar un nuevo valor con los subrayados de Miranda, para extenderse a la decepción y la tristeza que habrían podido embargar al Precursor en el momento de separarse de sus tropas. El contexto original que motivó las palabras del Pelida es el de un ejercicio de gobierno que revela abusos de poder e injustas desigualdades; visto así, con unos pocos trazos básicos, tal contexto pudiera asimilarse al que propiciaría la disposición moral que llevaría a Miranda a plantear el movimiento político y social de sus empresas libertadoras.

Conclusión

Francisco de Miranda es una figura de amplia erudición literaria, y de sólidas convicciones morales, cuya educación y fundamentos intelectuales se nutren muy especialmente del pensamiento clásico grecolatino, además en forma

directa, de la fuente original, los textos en la lengua primigenia, como es el caso de los textos homéricos. De ellos extrae una esencia moral y ética de gran valor para su formación personal, y, extensivamente, para la formación de uno de los primeros ideales libertarios de América, el que llegaría a las tierras de Coro sobre el barco Leander.

Bibliografía

1. Ediciones de textos clásicos.
2. Homeri Ilias. (1931). T.W. Allen (ed.) Clarendon Press. Oxford.
3. Homeri Odyssea. (1962). P. von der Mühl (Ed.). Helbing & Lichtenhahn. Basel Bibliografía crítica.
4. Castillo Didier, M., Miranda y Grecia. Caracas, Cuadernos Lagoven, 1986.
5. Hood, M., Blanco F. de (1981). El enigma de Sarah Andrews, esposa de Francisco de
6. Miranda. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello. Caracas.
7. García Bacca, J.D. (2000). Los clásicos griegos de Miranda. Autobiografía. Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos. Los Teques.
8. Miranda, F. de (1978). Colombeia. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas.
9. Miranda, F. de (1992). Diario de viajes. Monte Ávila Latinoamericana , C.A. Caracas
10. Mondolfi Gudat, E. (2000) Miranda y la música, en: Luis Julio Toro, et al., Miranda: su flauta y la música (disco compacto). Banco Mercantil. Caracas.